

**Bosquejo de los mensajes  
para el entrenamiento de tiempo completo  
del semestre de otoño del 2008**

-----

**TEMA GENERAL: EL JUBILEO**

Mensaje seis

**Disfrutar a la maravillosa persona de Cristo, quien es el jubileo:  
las buenas nuevas de gran gozo**

(1)

Lectura bíblica: Lc. 1:78-79; 2:8-14, 25-32; 7:36-50; 10:25-37

**I. Podemos disfrutar a Cristo, quien es la realidad del jubileo, como el sol naciente que nos visita de lo alto para dar luz a los asentados en tinieblas y en sombra de muerte, a fin de encaminar nuestros pies por camino de paz—Lc. 1:78-79:**

- A. Cristo es el Sol de justicia que nos sana al resplandecer sobre nosotros; disfrutamos del resplandor de Cristo, el cual disipa las tinieblas para que crezcamos en la vida divina, y borra toda injusticia para que seamos sanados en vida—Mal. 4:2; Sal. 84:11.
- B. Cristo es la gran luz a fin de resplandecer en las tinieblas y liberarnos de toda esclavitud—Is. 9:1-5; Mt. 4:12-16; Jn. 1:4-5; 1 P. 2:9; Col. 1:12-13; Sal. 119:105; 107:10-22.
- C. El resplandor interno de Cristo es la salvación que Él nos otorga; necesitamos que el Señor resplandezca más y más cada día, a fin de experimentar más y más de Su pastoreo, esto es ser salvados, restaurados, avivados y deificados por Él—2 Co. 4:6-7; Mal. 4:2; Pr. 4:18; Sal. 22, título; 80:1, 3, 7, 15-19.
- D. Mediante el resplandor interno del Señor como el Sol naciente, podemos experimentarlo como la posesión y la libertad que recibimos en el jubileo—Col. 1:12; Jn. 8:12, 32, 36; Hch. 26:18.
- E. La verdad es el resplandor de la luz, y la luz es la presencia de Dios; si tenemos la presencia del Señor, tendremos sabiduría, entendimiento, previsión y un conocimiento interno de las cosas; la presencia del Señor lo es todo para nosotros—Éx. 33:14; 2 Co. 2:10.
- F. La medida de vida que recibimos para nuestro crecimiento en la vida divina corresponde a la medida de iluminación que recibimos; únicamente el resplandor de la luz puede producir vida, y únicamente el resplandor de la luz puede aumentar el nivel de vida—4:6; Gn. 1:1-3, 14; Sal. 36:9; Ef. 5:13:
  - 1. Cuando Dios permite que en nuestro entorno nos sobrevengan toda clase de tentaciones, dificultades o golpes, si lo que tenemos proviene de la luz de Dios, ello sobrevivirá después de pasar por todas estas circunstancias y se hará aún más manifiesto; sin embargo, si lo que tenemos proviene solamente de un buen comportamiento humano, ese comportamiento cambiará de naturaleza o se extinguirá por completo—2 Co. 1:8-9; 12:7-9.
  - 2. Para tener un buen comportamiento no se requiere recibir luz; esto puede ser producido por el esfuerzo humano; sin embargo, la vida puede ser producida sólo mediante el resplandor de la luz; a fin de crecer en la vida divina, necesitamos más luz y luz más intensa—Mt. 15:7-9; 13:43; Cnt. 6:10; Dn. 12:3; Fil. 2:15; Mi. 7:8; cfr. Mt. 10:27.

- G. La luz se halla en la palabra de Dios, esto es, no la palabra escrita de la Biblia sino en la palabra que el Espíritu Santo nos habla en nuestro interior, la cual nos revela de una manera nueva la palabra de la Biblia—Sal. 119:105, 130; Jn. 6:63; Ef. 5:26-27; Cnt. 8:13-14; Is. 66:2, 5.
- H. Siempre que la luz resplandezca en nosotros, ella hará que estemos internamente conscientes; por lo tanto, podemos afirmar que la luz es ese sentir interior que tenemos—Jn. 8:12, 32, 36; Ro. 8:6; Ef. 4:18-19; 5:8; 2 Co. 2:13; Mal. 2:15-16.
- I. La iluminación se basa en la misericordia de Dios; cada vez que Dios viene y nos concede Su misericordia, la luz de Su rostro viene a ser nuestra luz, Su manifestación llega a ser nuestra visión y Su presencia llega a ser nuestra ganancia—Ro. 9:15; Hch. 9:3-4; Is. 50:10-11; Nm. 6:25-26; Is. 5:20; cfr. Jn. 3:19; Abd. 3; 2 Ts. 2:10-11; Pr. 23:23; Jn. 5:44:
1. Si queremos ser iluminados, debemos desear y aceptar el resplandor del Señor, tomando la firme resolución de tener un corazón sencillo que busca solamente al Señor y deseando esto con todo nuestro ser—Sal. 139:23-24; Fil. 2:12-16; 2 Cr. 12:14; 16:12; 34:1-3; Sal. 27:8; 73:25; Lc. 11:33-36.
  2. Si queremos ser iluminados, debemos abrirnos al Señor, volver nuestro corazón a Él y entregarnos delante de Él sin ninguna reserva y sin retener nada; los que cierran su ser al Señor son expertos en juzgar y criticar a otros—2 Co. 3:16; Pr. 20:27; Mt. 7:1-5; Lc. 6:36-37, 41-42.
  3. Si queremos ser iluminados, debemos detener todo nuestro ser; esto significa detener nuestras perspectivas, la manera en que vemos las cosas, nuestros sentimientos, nuestras ideas y nuestras opiniones; cuando una persona que se ha detenido a sí mismo acude al Señor, puede ser extremadamente sencilla y simple al recibir la palabra del Señor—10:38-42; Jn. 11:21-28; Is. 40:31; Mt. 5:3; Lc. 18:15-17; Is. 66:1-2.
  4. Si queremos ser iluminados, no debemos argumentar con la luz del Espíritu que nos habla en nuestro interior ni tampoco con la luz de los ministros del Espíritu que hablan externamente—Hch. 22:10; Cnt. 5:4-6; 2 Co. 10:3-5; 11:2-3; Nm. 16:1-7, 33-39; 17:1-8; cfr. Éx. 33:11, 14.
  5. Si queremos ser iluminados, debemos vivir continuamente en la luz—Is. 2:5; 1 Jn. 1:7; He. 9:14, 10:22; Mt. 5:3, 8, 14; Sal. 119:105; Ap. 1:20; Sal. 36:7-9.

**II. Podemos disfrutar a Cristo, quien es la realidad del jubileo, como las buenas nuevas de gran gozo, el Salvador de la humanidad caída para el beneplácito de Dios—Lc. 2:8-14; 4:18-19; Is. 61:1-3; Mi. 5:2; Ro. 5:10.**

**III. Podemos disfrutar a Cristo, quien es la realidad del jubileo, como nuestra luz y gloria—Lc. 2:25-32; Is. 4:4-6; 42:6; 49:6; 43:7; Jer. 2:11; Éx. 28:2; 2 Co. 3:16-18; Ef. 5:26-27.**

**IV. Podemos disfrutar a Cristo, quien es la realidad del jubileo, como el prestamista, cuyo perdón y el pago de toda nuestra deuda de pecados nos motiva a amarlo a lo sumo—Lc. 7:36-50:**

- A. Las virtudes humanas del Salvador-Hombre, tales como Su afecto, bondad, paciencia, misericordia y comprensión se exhibieron en la comunión que tuvo con la mujer pecadora.
- B. Sus atributos divinos, especialmente el de la autoridad divina para perdonar los pecados y el de dar paz al pecador que es perdonado, también se exhibieron—vs. 48-50.
- C. Cristo, como el prestamista, perdona toda nuestra deuda por el pecado y nos hace aquellos amadores que por amor derraman todo lo que tienen: esto es Su redención

jurídica; Cristo, como el Distribuidor de las riquezas de la vida, se imparte a nuestro ser como el Espíritu inconmensurable para hacernos canales de bendición: esto es Su salvación orgánica—vs. 36-43; 12:15-21; 1 Co. 15:45; Ef. 3:8; 1 P. 4:10; Fil. 1:19-25.

D. Cuanto más somos perdonados por el Señor, más le amamos—Lc. 7:42-43, 47:

1. La mujer que fue perdonada no sólo sentía amor por el Salvador sino que además tuvo fe en Él, la cual operó por medio del amor y redundó en paz; nuestra fe nos trae el perdón de Dios, lo cual resulta en una vida de amor y paz—Gá. 5:6; Lc. 7:50.
2. Cuando nuestro amor por el Señor Jesús aumenta, dejamos de criticar a otros; si criticamos a otros, ello indica que nuestro amor por el Señor es deficiente.
3. La fe genuina es Cristo mismo que se infunde a nuestro ser y llega a ser nuestra capacidad para creer en Él; la vida cristiana es una vida en la cual Cristo se infunde a nosotros como fe, a fin de ser perdonados por Él y nos lleva a amarlo a lo sumo en el camino de paz—Gá. 2:20; 2 Co. 5:14-15; cfr. Ro. 3:17; Is. 66:12.

E. Cuanto más somos perdonados por el Señor, más le tememos—Sal. 130:4:

1. Temer a Dios significa reverenciarlo (Pr. 1:7; 2:4-5; 9:10; 10:27; 14:2, 26-27; 15:16, 33a; 22:4; 23:17; 31:30), lo cual significa confiar en Él, honrarlo y considerarlo y tenerlo en cuenta en todas las cosas (3:5-10; Jos. 9:14; Is. 11:2).
2. Temer a Dios significa que no confiamos en nada que provenga de nosotros mismos ni de lo que podamos hacer, sino que dependemos de Él con absoluto abandono—Cnt. 8:5-6; 2 Co. 1:8-9; Fil. 3:3.
3. Temer a Dios nos detiene de hacer el mal (Pr. 8:13; 14:16, 27; 16:6b; 19:23); también hace que seamos conmovidos por el sufrimiento de otros y les mostremos misericordia y compasión (14:30-31; 17:5; 19:17; 21:13; 28:27).

F. El resultado que Dios perdona nuestros pecados es que Él se olvida de ellos—Jer. 31:34; He. 8:12; 1 Jn. 1:7, 9; cfr. Sal. 103:1-5, 12; 110:3; 116:13.

G. El Señor Jesús es nuestro Emancipador, Aquel que es apto para perdonar los pecados y es capaz de liberarnos de la esclavitud del pecado, a fin de que nosotros le disfrutemos como la realidad del jubileo neotestamentario; el resultado de que Él perdona nuestros pecados y nos libere de la esclavitud del pecado es que Él llega a ser nuestra porción eterna y nuestra libertad gloriosa para el cumplimiento de Su economía eterna—Jn. 8:32, 36; 2 Co. 3:17; Ro. 8:2; Col. 1:12.

**V. Podemos disfrutar a Cristo, quien es la realidad del jubileo, como el buen samaritano que cuida con compasión al pecador que ha caído y ha sido herido por la ley, sanándolo con el Espíritu y con la vida divina, y llevándolo a la iglesia—Lc. 10:25-37:**

A. El intérprete de la ley le preguntó al Señor: “¿Y quién es mi prójimo?”, y el Señor le respondió contándole la historia del buen samaritano, y al final le preguntó: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que se hizo el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”, el intérprete le respondió: “El que usó de misericordia con él”—vs. 29, 36-37:

1. Esto muestra que el intérprete de la ley era aquel que había caído en manos de los ladrones, y que el Prójimo que mostró misericordia era el Señor Jesús, el buen samaritano; el intérprete de la ley que se justificaba a sí mismo, fue ayudado a comprender que necesitaba al Señor Jesús como el Prójimo amoroso quien le mostraría Su amor, no como el prójimo al cual él debía mostrar amor.
2. Cuando el Señor manda a amar a tu prójimo como a ti mismo, nos está diciendo que lo amemos como el Prójimo-samaritano compasivo; y cuando dice: “Ve, y haz

tú lo mismo”, quiere decir que el intérprete debe recibir al Señor como amor, a fin de amarlo a Él como su Próximo—vs. 27, 29, 37.

3. El Salvador-Hombre, en Su viaje ministerial en el cual buscaba al perdido y salvaba al pecador (19:10), descendió al lugar donde la víctima herida por los ladrones judíos yacía en su condición miserable y moribunda, y le brindó sanidad y salvación de una manera tierna y cuidadosa, lo cual satisfizo completamente su necesidad urgente—10:33-35:
  - a. El Señor vendó las heridas del hombre moribundo, o sea, lo sanó.
  - b. Echó en sus heridas aceite y vino, o sea, le dio el Espíritu Santo y la vida divina—Mt. 9:17; Jue. 9:9, 13.
  - c. Lo puso sobre su propia cabalgadura (un asno), o sea, lo llevó con medios humildes y con humildad—Zac. 9:9; cfr. 1 Co. 1:26-29.
  - d. Lo llevó a un mesón, es decir, lo llevó a la iglesia; y cuidó de él, o sea, lo cuidó por medio de la iglesia.
  - e. Pagó en el mesón por él; esto equivale a bendecir a la iglesia por recibirlo a él.
  - f. Dijo que todo lo que el mesonero gastara, él lo pagaría a su regreso; de este modo, afirmó que todo lo que la iglesia gaste en esta era por una persona que el Señor salve, Él lo pagará a Su regreso—Mt. 24:45-51.
- B. Con relación a nuestra salvación, necesitamos conocer al Señor como nuestro Próximo en Su compasión y amor; y con respecto a nuestro servicio, necesitamos conocerle como nuestro Amo junto con los deseos y preferencias que Él tiene para llevar a cabo Su economía—Lc. 10:38-42; Hch. 22:8, 10; Fil. 3:10a.